

LA POESÍA DESARRAIGADA DE DAVID PUJANTE

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

Un libro de poesía nuevo siempre es una aventura para el lector que se enfrenta con las reflexiones de otro ser humano, que las ha puesto por escrito para que su posible lector comparta las inquietudes que originaron esa creación suya, su poesía. El lector, como quieren las modernas corrientes de las teorías de la recepción, se convierte en cierto modo en un autor vivo y activo de esos poemas que está leyendo y que al entenderlos los hace suyos y los interpreta. Ese lector, íntimo, personal, hace su intelección para sí, y su lectura queda en el ámbito de la intimidad, en el ámbito de lo privado. Muy distinto es el papel que me corresponde en este momento a la hora de enfrentarme a un libro de poesía nuevo y, tras su lectura, presentarlo a unos hipotéticos oyentes o lectores míos. Yo he hecho mi lectura y me he convertido, en cierto modo, también en autor de este libro. Y ahora doy mi opinión, de manera que hablo de mi interpretación, que puede coincidir o no con lo que el poeta ha querido decir. Pedro Salinas, que sabía mucho de todo esto, porque era poeta y también era profesor de literatura, decía que no hay que explicar la poesía, que no se puede explicar un poema. Que el poema se explica por sí sólo. Y si no lo hace no es poema. El azar, el riesgo, la jugada de siempre, es el camino que recorre el poema desde el momento en que su autor lo escribe y lo da a conocer y el momento en que llega a su lector, y éste hace su reescritura. La poesía, decía Salinas, es una aventura hacia lo absoluto. Y en esa aventura, en ese mundo incierto de suerte, de azar, todos jugamos.

Cervantes, el autor del *Quijote*, que también sabía mucho de literatura, dejó en su historia del famoso caballero manchego, una definición de la poesía que a mí me gusta recordar cuando me enfrento a situaciones como la presente, en la que



tengo que hablar de un libro nuevo: “La poesía, señor hidalgo –le dice el duque a Don Quijote–, a mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar, la volverá en oro purísimo de inestimable precio” (II, XVI). Pues bien oídas ambas opiniones, creo que no deberíamos atrevernos a elaborar unas palabras prosaicas y vulgares para hablar de un libro de poesía y lo que deberíamos hacer, en este momento, es leer el libro que aquí nos congrega y olvidarnos de comentarios eruditos y de reflexiones deformadas. Pero esa es nuestra misión aquí. Y nuestro papel, también está respaldado, aunque con una gran dosis de ironía y no poca gracia, por otro poeta. Federico García Lorca le escribió una vez a Gerardo Diego, cuando éste le preguntaba sobre qué cosa era la poesía, que él no sabía lo que era la poesía. “Comprenderás que un poeta no puede decir *nada* de la Poesía. Eso déjase a los críticos y profesores. Pero ni tú ni yo ni ningún poeta sabemos lo que es la poesía”. Vienen estas observaciones a cuento de los comentarios que a continuación incluyo sobre el último libro de un poeta excelente. David Pujante, profesor, crítico y teórico de la literatura (1), traductor (2) y traducido (3) poeta contemporáneo, cuya obra se ofrece prometedora, hasta el punto de que su voz poética se encuentra hoy entre las más consideradas de nuestras letras. Aunque residente en las cercanías de La Coruña, su vinculación a la región de Murcia, en la que nació y estudió, no se interrumpe. Es más, produce su actual desarraigo de una tierra en la que le ha tocado vivir, tan diferente por muchas razones de su Levante natal.

El tercer libro poético de David Pujante (4) se titula *Estación marítima* y acaba de aparecer en las ediciones de Huerga Fierro, en Madrid en volumen excelente-

(1) David Pujante, nacido en Cartagena en 1953, es Profesor Titular de Teoría de la Literatura de la Universidad de La Coruña. Entre sus ensayos, caben citarse *De lo literario a lo poético en Juan Ramón Jiménez*, Universidad de Murcia, Murcia 1988, y *Mimesis y siglo XX*, aparecido en 1992.

(2) David Pujante publicó en 1985 una traducción del *Antinoo* de Fernando Pessoa, Arenal, Jerez de la Frontera, en una edición cuidadosa, que merece un comentario. Pessoa escribió en portugués y en inglés, y el *Antinoo* es uno de sus mejores poemas en esta última lengua. Pujante, en la introducción a este libro, nos informa de la historia de Antinoo y de su acercamiento personal a tan interesante composición, que capta plenamente el espíritu classicista de su autor, a pesar de ser un poema artificioso, como nos dice el propio Pujante. En todo caso, la traducción que nos ofrece nuestro autor está presidida por la calidad y por la fidelidad, a pesar de las dificultades que entrañó la empresa acometida.

(3) Se han publicado las siguientes traducciones suyas: De su libro *La propia vida* al italiano, en la revista *Arsenale*, de Roma, en 1988; de su libro *Con el cuerpo del deseo*, al italiano, en la revista *Hyria* (XXI, 1966, junio-septiembre, Nápoles, 1933) y en *Schema* (XII, número 60, enero-diciembre, Milán, 1965).

(4) Los dos primeros libros poéticos de Pujante son *La propia vida*, Editora Regional, Murcia, 1986, y *Con el cuerpo del deseo*, Universidad de Murcia, Murcia, 1990.



mente cuidado, que abre una nueva colección: Fenice poesía (5). Pujante nos ofrece una estación de exilio en la que confluyen sentimientos de distancia, soledad y desarraigo, vinculados ahora a un paisaje del Norte (Galicia), al que el poeta, al menos literariamente, parece sentirse ajeno.

El mar, las brumas, los vientos, las lluvias y los granizos pertinaces, tan alejados, tan diferentes y tan distantes de su memoria levantina de la luz y de la claridad, forjan la mítica de un libro en el que la palabra poética se convierte en vehículo de reflexión e inquietud, acentuado en ocasiones por las insistentes preguntas sin respuesta. La representación del paisaje, vinculado muy sólidamente a un estado de ánimo triste y lleno de añoranza, impensable en otro momento para el poeta, se completan con una excelente evocación del refugio que nuestro autor ha buscado: refugio en las artes (la música) pero sobre todo refugio en la literatura y en sus mitos, vinculados a los mares, vinculados al Norte, con los que este poeta del Sur busca una difícil consolación.

Pujante estructura el libro con sabiduría y con evidente inteligencia y cuidado, para combinar sentimientos de ambiente, añoranzas sorprendentes para él de un Levante lleno de luz y calor, expresión de soledad y silencio, con el amparo de las lecturas, el recreo en las leyendas, la revivificación de personajes y de mitos, desde el *Ulises* de Joyce al recuerdo final, como coda conclusiva, de Fernando Pessoa, uno de los escritores preferidos de David Pujante: mares y santos, mitos y héroes, heterónimos y ya míticos narradores rusos, componen un contexto anímico forjador de un mito personal, de una particular simbología de silencio, soledad, exilio, desamparo, desamor... Las brumas, las lluvias intensas, el frío del ambiente, cumplen también su papel forjador de esta *Estación marítima*, en la que el mar, los mares, el mar del Norte, es el mayor símbolo, el protagonista decidido de esta nueva mítica poética, creada por David Pujante.

Son historias vividas en el esplendor de un verso largo y distendido, de andadura muy natural, que se configura en poemas muy extensos. Justamente, el signo de la extensión es el que define lo dilatado de una estilística comprometida únicamente con el tiempo de desarrollo y resolución de la propia composición. Aun así, a pesar de la extensión de versos y poemas, su tono natural, la narratividad de muchas de sus estancias, hacen que el poema se convierta en una pieza de composición muy autónoma, y al mismo tiempo sometida a una estructura interna muy efectiva. La misma forma de titular los poemas (“El cálido tocar de suave mano otorgando gracia”, “Leopold Bloom divisa gaviotas a mediodía”, “El ingeniero Alvaro de Campos encuentra el amor en una estación de tren”) revela esta

(5) David Pujante, *Estación Marítima*, Huerga & Fierro, Madrid, 1996. De este libro se ofrecieron en la revista *Agora*, número 1, París, 1995, los poemas “Los misterios de Patmos” y “El ingeniero Alvaro de Campos encuentra el amor en una estación de tren”.



intención dilatoria y narrativa que sus poemas acogen sin excepción. De esta forma, sentimientos e inquietudes llegan al lector con el relato de lo que no es sino una experiencia tras otra.

Es muy sólida la construcción de este libro de David Pujante. No es fácil construir un libro de poesía, que bajo un título general, reúne poemas escritos en diferentes tiempos y con objetivos diversos. Lo difícil es para el poeta encontrar un hilo conductor que aglutine poemas de distinta textura genérica, aunque con una parecida temperatura vital. En este libro se une el sentimiento de nostalgia de una luz lejana, pero brillante y cegadora como la de un sol radiante, con el desdén hacia un paisaje míticamente enraizado en el poeta, que lo rechaza de una forma mecánica, aunque al lector le queda la duda de si ese rechazo es real o simplemente es una posición vital sometida a un síndrome de Estocolmo, según el cual uno acaba amando aquello que más rechazo le produce. Al mismo tiempo, una serie de homenajes, vinculados a un mismo sentimiento de nostalgia del paisaje, completan el mosaico de este mundo complejo, pero perfectamente establecido en las distintas estancias en que este libro ha sido organizado.

De esta forma los once poemas que componen *Estación marítima* se articulan en torno a un "Pórtico", tres secciones de tres poemas cada una y un "Final", compuesto, como el "Pórtico" por un solo poema. Mientras el "Pórtico" es un característico poema de obertura, el "Final", aunque es una composición conclusiva, comporta un homenaje al "ingeniero Alvaro de Campos", es decir al poeta portugués Fernando Pessoa, cuya figura evoca nuestro autor en un decadente y conclusivo "Final", adecuadísimo para este libro de aires tan atlánticos.

Las tres partes interiores del libro, forman tríos de poemas, de manera que estructuralmente quedan muy compensadas, mientras desde el punto de vista temático se ocupan, la primera, con el título de "Geografía nueva", del entorno natural en que el poeta, exiliado, desarrolla su vida; la segunda, con el título de "Poemas de homenaje" se interesa por los poetas del amor, Tolstoi y Juan Sebastián Bach; y la tercera, titulada "Hombres solos frente al mar del norte" contiene tres poemas singulares, presididos por la simbiosis de paisaje, como en el primer sector, y homenaje, como en el segundo: santos y héroes, convierten el mar en mito. San Juan en Patmos (y también, según la leyenda, en los mares del Norte), San Brandán, Leopold Bloom, tres nombres, tres sensibilidades, tres recuerdos, ante el mar.

El libro se abre con un poema espléndido, titulado "Años de aprendizaje", poema de exilio, poema de añoranza y de nostalgia, en el sentido más etimológico de la palabra como añoranza de la patria. Un sensual contraste entre las brumas del norte y las luces claras del sur da cuerpo a un poema en el que las añoranzas de un paisaje perdido se transportan a sensuales reclamos, que afectan metafísicamente no sólo a los sentimientos de exilio y soledad sino al más amargo del paso



del tiempo y de la añoranza por la juventud perdida... La estación marítima, presente en este poema, es estación detenida en mitos medievales, presencias galaicas que van desde lo mágico y misterioso al presente real...

*Y escucho sin cesar óperas, para que viva en mí,
como rescoldo al menos, el amor: que está en letargo,
sólo literatura y música.*

*Y distraigo mi soledad con el viejo arte de la rima,
a veces haciendo décimas, de dudoso valor.*

Y estoy aquí, más solo que he estado antes.

*Si es que la soledad, cuando se muestra,
atiende a gradaciones y matices.*

Muy distinto es el poema que ocupa la sección denominada "Final", que ya sabemos que se titula "El ingeniero Alvaro de Campos encuentra el amor en una estación de tren", aunque preside la composición un mismo tono nostálgico advertido en todos los poemas del libro. La presencia del heterónimo de Fernando Pessoa, el ingeniero Alvaro de Campos, conduce al lector a un ambiente muy preciso, sin naturalmente apartarnos ni un ápice del contexto "atlántico" que se siente en todo el poemario. Pero este poema es un poema muy singular, dentro del conjunto al que pertenece y, por eso quizá, está situado como una cola o coda final. De momento hay sentimientos comunes a todo el libro: la desilusión húmeda, evocada al comenzar, el reflejo del paso del tiempo, simbolizado en el gran río de Lisboa y en los trenes que van y vienen, en la estación donde se produce el encuentro de los enamorados y, finalmente, la soledad, sentida en esta obertura en la que aparece el enamorado, presente en esta estación de trenes, que es además una estación espiritual:

*Apareciste ahí, en mi estación de antes, en mi
estación de vuelta*

dice un verso clave de esta composición.

El misterio obsesivo de los trenes que parten

ya no inquieta a su personaje, nos dice nuestro poeta, mientras la lluvia (una lluvia de primavera que evoca otoños) muestra un tono esperanzado, presente ahora, por primera vez en el libro, que no ha de pasar inadvertido al lector. Los trenes, con su lección de tránsito y de ignoto destino, con su lección de escape hacia mundos



lejanos, son parte también de esta estación (no marítima, en este caso) que da sentido unitario a todo el libro, y que recuerda la condición de transitoriedad que en este poema ha quedado vinculada a la imagen del río, el gran río de Lisboa:

*¿No me viste jamás, de amanecida, junto al río de Lisboa,
mirando, sin saber si ver en su fluir la vida
o el desangre del sentido del ser?.*

Pero la ilusión, la esperanza, el entusiasmo ante el amor encontrado marcarán, en este final, una luz ante el futuro, ausente hasta entonces en el poemario.

De los tres núcleos que componen este libro, en el interior de su cuidada estructura, el más personal de todos ellos es el primero, formado por tres poemas que se acogen bajo el título altamente significativo de “Geografía nueva”. Los poemas en efecto, en número de tres, aluden directamente a la situación personal del poeta en su peregrinaje en tierras ajenas, y dan a conocer, una nueva geografía, un ambiente o un paisaje nuevos, ante los que nuestro autor vuelca la expresión de su sinceridad. Hay datos concretos de tiempo y espacio que nos remiten a un contexto experiencial evidentemente llamativo. Uno de los poemas, el que constituye el centro de esta triada, se titula “Abandoné mi tierra hace tres años”, referencia temporal muy exacta, que marca sin embargo el comienzo de un poema difícil, en el que el tema del suicidio, de la soledad, del desamparo y de la desesperación, se incardinan en torno a algunos personajes de la historia y a algunos parajes de mítica urbana –París, Viena– en los que esos personajes desarrollaron su voluntad vital:

*Las tardes de esta tierra del norte en la que habito,
por las que me paseo ahora solitario,
me hacen pensar en Heine, exiliado en París,
en sus ojos de insomnio escrutando Alemania, la lejana;
me hacen pensar en Weininger también,
joven genio suicida y judío sin patria,
procurando la muerte como cálido asilo.
Y pienso en tantos tipos de suicidio diferentes.
Y en que estoy ya tres años en estas tierras frías.
Y aún sigo sin saber
si será, esta permanencia mía
en esta pertinaz estación de las lluvias,
un suicidio también, largo y sin ritos.*



Tierras frías, largos y oscuros inviernos y el tema de la muerte violenta y personal, enmarcan un contexto personal muy especial, que se ve confirmado en los poemas que orgánicamente ha situado el autor en torno a éste para cerrar el triduo inicial: “El hogar del peregrino” y “Aquí no hay primavera”, en los que expresa la conciencia de desamparo que marcará el espíritu de todo el libro, a la que ya nos hemos referido en diferentes momentos:

*Yo, aquí, ahora, recuerdo
esa revuelta de la sangre levantina
mientras anido en esta urna primaveral
que sólo tiene de primavera una fecha en el calendario.
Y pasan los años sin sentir,
sin sentir otra vez el sueño de la vida.*

¿Cuál es el sentido de las otras dos colecciones de tres poemas que completan el libro que nos ocupa? Una de ellas, formada igualmente por tres poemas se titula, como sección, con un nombre más directamente alusivo a su finalidad: “Poemas de homenaje”, y los tres homenajeados son los poetas del mar, el Conde León Tolstoi y Juan Sebastián Bach. ¿Qué une a estas tres realidades humanas, a estos dedicatarios, y qué los diferencia? Sin duda, los une el mismo tono que informa todo el libro, un tono orgánicamente reflexivo que ahora se detiene en nuevos motivos, como el amor, en el caso del primer poema; la vida y su fluir, en el caso del segundo (el dedicado a Tolstoi y a *Guerra y paz*); y, finalmente, el mundo y sus misterios, en el tercero, el dedicado a Bach.

Paralelamente a este trío de poemas, el íntimo sector glosa, a través de otras tres composiciones, las figuras de tres “Hombres solos frente al mar del Norte”, para insistir de nuevo el tema de la soledad y del desamparo. Quizá ahora se acentúa el sentido mítico de las tres figuras evocadas, que el poeta vincula a los paisajes que tanto le amargan: San Brandán y sus navegaciones, San Juan el apóstol, que según leyenda peregrinó por los mares del Norte, y el personaje de Joyce, de su *Ulises*, Leopold Bloom. La misma pregunta que nos hacíamos hace un momento parece pertinente ahora: ¿Qué relación hay entre estos personajes, qué los separa y qué los une? Son cuestiones del máximo interés y la respuesta podría ser parecida. Unos versos del poema “Los misterios de Patmos”, pueden ser reveladores del tono de este triduo final:

*Y dicen que, en inciertos días grises,
junto al embravecido mar del norte,
se angustiaba su rostro recordando el pasado,*



*preguntaba a las nubes de espuma de sus costas: ¿soñar es
conocer?,
buscaba un nuevo sueño que lo tranquilizara
(el sueño de la muerte)...*

Los tres personajes aparecen unidos por un sentido de la frustración y de la duda, del desencanto. Han poseído todo, y nada tienen al final. Han creído alcanzar la totalidad, y han quedado reducidos a simbólicas carencias: no entender un sueño revelador, mirarse unas manos vacías, salvar la vida para vivir un eterno tedio...

Al principio lo decíamos. La poesía está hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar, la volverá oro purísimo. Ese oro en este caso consiste en llegar al lector y mostrarle nuevas reflexiones sobre eternas inquietudes del bípedo transeúnte, habitante de nuestro mundo como llamaba al hombre Jorge Guillén: la vida, la muerte, el destino, el tránsito de nuestro existir, el tiempo, el medio que nos rodea, acentuados en este caso concreto por el desarraigo, el tedio, el desamor...

